

FRONTERAS, PLURALIDAD Y LITERATURA

*Alberto González Troyano / Instituto de Estudios Campogibraltares
Universidad de Sevilla*

En las últimas décadas del siglo pasado, ciertas confrontaciones sociales que habían acaparado el primer plano en la vida política fueron desplazadas hacia focos de menor atención pública, y, consecuentemente, se acallaron gran parte de las actitudes ideológicas que las sostenían. A su vez, esos huecos abandonados los han ocupado otras cuestiones más *palpantes*. Un fenómeno como, por ejemplo, la lucha de clases que había alcanzado un gran predicamento, durante más de un siglo, como motivo explicativo que permitía comprender parte de la dinámica social del mundo, perdió valor explicativo al verse sustituido por otras consideraciones. Entre éstas, la pugna entre las culturas locales y las tendencias uniformadoras, provocadas por la nueva globalización, despiertan desde hace años suma preocupación. A los recelos con que es observada la cada vez mayor mundialización económica y financiera, creadora de unos criterios de poder cada día más centralizados, anónimos –y, a su vez, desprovistos de cualquier otro incentivo que no sea el de la rentabilidad–, se unen los efectos culturales, de hábitos y de gustos, que ese mismo control universal de la economía genera e impone.

La experiencia diaria ha ido mostrando como los sistemas productivos de las grandes multinacionales exigen que la gran mayoría de los consumidores compartan las mismas apetencias y deseos. De ello surge una fuerte presión que induce hacia una cierta uniformidad a la hora de elegir formas de vida, creencias o, en un nivel más doméstico, estilos de vestimentas y comidas. Y esa uniformidad viene impuesta, además, a partir de un patrón y de unos modelos alentados desde los mismos centros de poder que controlan la producción.

Sería fácil asumir una actitud ante la situación dibujada si esta nueva confrontación social respondiese a un esquema tan simple. Uno se podría dejar llevar pasivamente por las atractivas tentaciones de la mundialización, acoplándose en gustos y costumbres a unos sectores sociales cada vez más mayoritarios, o, si por el contrario, prefiere resistir a esas oleadas homogeneizadoras, tendría la posibilidad de entregarse a los usos propios de las culturas singulares que le resultaran más

afines y próximas. Pero la elección se hace mucho más complicada porque cada una de esas dos opciones encierra otros rasgos que deben ser tenidos en cuenta.

Por una parte, si bien se hacen muy visibles los efectos negativos que puede provocar la homogeneización impulsada por el predominio de unas mismas ideas y de unos mismos paradigmas sociales llegados del exterior, no puede olvidarse que son una última consecuencia de la visión universalista, cosmopolita y expansiva que trajo consigo la modernidad. Y que si ha prodigado, durante siglos, muchos modelos de vida impuestos por sus promotores, también ha extendido, a la par, un ideario de libertad, igualdad y racionalidad de cuyos necesarios beneficios han podido gozar muchos pueblos de las más diversas latitudes, gracias al calor difusor y al potencial de convicción que arrastraba ese mismo universalismo. Incluso en la actualidad, junto a la uniformidad y banalización de gustos consecuencia del poder de un solo y gran mercado mundial, también continúan extendiéndose, a veces, propuestas que permiten eliminar lo injusto y opresivo que todavía esconden muchos hábitos ancestrales, bien arraigados en la mentalidad de los pueblos.

Y, por otro lado, está la justificada reacción defensiva de las costumbres propias, el cultivo de las particularidades del entorno en que se vive. Ello ha despertado durante algunos años las mayores simpatías porque se trataba de resguardar culturas y hábitos que se temía que estuviesen en trance de desaparecer. Ésa pareció una batalla ideológica y moral digna y necesaria. Del aprecio contenido en esa apuesta se fueron beneficiando muchos nacionalismos, sin que, en principio, esa apropiación despertara mayores recelos. Parecía legítimo que unas actitudes e incluso unos partidos que habían estado postergados o perseguidos durante la dictadura franquista, fueran compensados del silencio que habían sufrido. Así, se quiso ver en el surgimiento de los sentimientos nacionalistas una vía paralela de resistencia frente al universalismo uniformador.

Pocos sospechaban entonces que muchas de esas actitudes podían esconder en germen, bajo la apariencia del cultivo de la propia diferencia, la exclusión violenta de cualquiera que opinase de distinta manera. Pero la fuerza de los hechos diarios, con las experiencias traumáticas de los sucesos de la antigua Yugoslavia, y las más próximas en nuestro país, con las políticas emprendidas por las instituciones nacionalistas en Cataluña y el País Vasco, puso en entredicho lo bien fundado de esas esperanzas. Al calor, de esas trágicas evidencias del día a día, se fue creando una reflexión llevada a cabo por una serie de escritores e intelectuales que han ido, artículo tras artículo y libro tras libro, desvelando el papel embaucador de las supuestas idílicas ilusiones identitarias cuando pasaban a ser instrumentalizadas por los poderes nacionalistas. Por fortuna, gracias a la aportación teórica y al subsiguiente debate ideológico emprendido por nombres como Fernando Savater, Aurelio Arteta, Jon Juaristi, Antonio Elorza, Félix de Azúa, Arcadi Espada, se han logrado airear los muchos males que también aguardan a las opciones particularistas, al cultivo de lo propio, si no están contrarrestadas por un respeto y un reconocimiento hacia los otros, hacia los que no piensan o pretenden lo mismo.

Este debate ha sido, quizás, uno de los más fecundos de esta última mitad de siglo en España. Aunque el análisis de los peligros escondidos tras los nacionalismos ha contado en el pensamiento europeo con contribuciones tan significativas como las de Eric Hobsbawm y las de Ernst Gellner. Pero por la propia dinámica y presión de los acontecimientos trágicos de nuestro país, esta vez el pensamiento español no ha sido meramente mimético, ni ha ido a remolque de lo ya dicho. Ha habido una creación, y aunque hubiera sido preferible que la opresión, violencia y la muerte no hubieran sido los principales motivos inductores, la consecuencia está ahí, real y tangible, en unos libros y en unas actitudes personales que habría que mirar mucho hacia atrás: hacia los años y las consecuencias de la Guerra Civil o hasta la crisis finisecular de la Generación del 98, para encontrar páginas tan lúcidas y compromisos personales tan necesarios y a la vez tan cargados de valentía y dignidad.

Porque hubo, primero, que desmontar las simpatías iniciales alimentadas por el relativismo cultural, y, después, mostrar su negativa aplicación material en los nacionalismos excluyentes. Pero gracias a esta aventura intelectual propiciada por unos

hombres de letras, el descrédito ha caído sobre unas ideas, aunque todavía arrastren a muchos fanáticos necesitados de encontrar algún justificante para sus patológicas miserias o para sus muy personales intereses políticos.

Todo este preámbulo parecía necesario para abordar la cuestión que aquí nos emplaza: ¿Cómo resistir a la homogeneización uniformadora sin rechazar las conquistas de libertad y justicia que trajo consigo y ha desplegado, desde hace dos siglos, la razón y la modernidad dieciochesca? Es decir, cómo podemos cultivar la propia diferencia y sentirnos, al mismo tiempo, solidarios con los otros. Y para esa reflexión, el medio geográfico y el entorno vital en el que estamos, nos ha facilitado durante estos tres días la mejor perspectiva, ya que no puede haber situación más privilegiada que la brindada por un espacio como éste, el del Campo de Gibraltar, caracterizado por ser un territorio en el que confluyen las fronteras de dos continentes, el trasvase de dos mares, y el entrecruzamiento de, al menos, tres culturas, sin contar la diversidad de otras capas que también aquí se superponen. Pero, además, se ha elegido deliberadamente convertir esta realidad, esta experiencia múltiple, que nos rodea, en ocasión propicia para plantear cuestiones que atañen también a la frontera como imagen y como lugar simbólico. A la luz de la literatura, muchas confrontaciones de la vida cotidiana, a las que da pie la existencia de unas fronteras, geográficas y nacionales, pueden ser mejor explicadas y comprendidas.

Desde hace años una rica producción literaria se alimenta de la particularidad de este ámbito surgido en los alledaños del Estrecho, y en estos días esa literatura está permitiendo que este nudo de fronteras pueda ser abordado desde las perspectivas universales que le prestan esas obras. No hay mejor prueba de las tensiones, pero también de la vitalidad, de un territorio que el ser objeto de tantas miradas, de tanta elaboración crítica. Porque la literatura acude allí donde hay problemas, conflictos, singularidades, diferencias. No son los lugares idílicos, uniformes, homogeneizados, los que atraen y convocan a la escritura. Por eso, esta peregrinación de la literatura por las fronteras de este entorno es ya un reconocimiento de su identidad y a su vez de su diferencia.

Desde que empezaron a debatirse los problemas de identidad y nacionalismo, al término de frontera se le atribuyó un cierto papel simbólico: casi de lugar mítico, de gran metáfora y punto de referencia en uno de los grandes debates del momento. Frente a los territorios muy marcados, unidimensionales, sometidos a un solo dominio cultural, donde habitan los hombres sedentarios, se ha ido elevando la opción, la contrapropuesta, la figura teórica, del lugar fronterizo, en el que los hombres nómadas pueden escapar a las fijaciones identitarias. En su fisura se hace posible dejar de tener unos atributos sin haber por ello asumido todavía otros. Facilita la frontera, a este respecto, la posibilidad de una cierta disolución de las identidades muy nítidas, ya que a medida que uno se aproxima a ella, desde su propio espacio, se deja de ser algo del de antes, para ir adoptando parte del territorio próximo.

En los sueños del reino de lo imaginario, el concepto de frontera ha servido para crear la ilusión de un espacio que fuese la negación del concepto de territorio: una especie de no-lugar, de lugar de nadie; que por su propia pluralidad potencial estaría fuera del alcance autoritario y fundamentalista que siempre se deriva de la existencia de un solo dominio, de una sola identidad, de una sola cultura, de una sola etnia.

El hombre ha sido obligado, desde hace siglos, a asumir un territorio único como propio, a ser súbdito de un estado, a adoptar una religión, a ser conocido por un nombre, sin apenas poder escapar a esas fijaciones, a esas determinaciones. Un cierto despotismo, en parte exterior y en parte ya interiorizado, obliga al ser humano a vivir como un sedentario bajo una única opción territorial y consecuentemente social. Sin embargo en muchos hombres y mujeres –en unos, de forma más consciente, en otros, de forma más inconsciente– anida el deseo de escapar a esa identidad definitiva, a esa fijación absolutista. Un deseo que se hace tanto más trágico cuanto más se reconoce la dificultad de la huida. Pero, a pesar de ello, algunos, más rebeldes, proyectan su ilusión sobre las posibilidades de escape, aunque sólo sirva para vivirlas en el reino de lo imaginario. Y con ese propósito surgió la literatura.

Pero quizás esta capacidad de ensoñación literaria tenga también algunas raíces históricas; Basta recordar momentos y épocas en las que frente a la tendencia a limitar los territorios, las zonas fronterizas quedaban expuestas a variaciones, facilitando con ello la posibilidad de difuminar y disolver los contornos. Piénsese a este respecto en lo sucedido durante las luchas medievales entre castellanos y árabes por la posesión de la península Ibérica. Como aquellos conflictos bélicos y religiosos obligaban a identificarse de forma radical en uno u otro sentido, surgió un tipo de gente de frontera capaz de crear un mundo ambivalente propio, una especie de tercer estado simbólico que repudiaba ser la mera confluencia de fuerzas antagónicas y el tener que optar por una sola opción entre ellas. Situaciones históricas de esta clase se dieron –las estudió Mata Carriazo– mostrando cómo, al margen de las guerras, se crearon reductos en los que reinó la equidad y la tolerancia, resultado de haberse constituido, aunque sólo fuera transitoriamente, una tierra de nadie.

La violencia de los conflictos y de los contrastes debió obligar a los más conscientes a provocar pausas, a crear momentos de vacío, en los que nadie ganaba o nadie se imponía. Y al amparo de esa tierra de nadie surgieron figuras representativas de esa especie de gente de frontera, con hábitos y mentalidades específicas originadas por el rechazo a los cambios súbitos de amo, de dios, de leyes, de concepciones de la vida.

Se fraguó de esta manera, en lo real o en lo imaginario, una visión de la frontera lo suficientemente permeable, como forma de existencia, como forma de conducta, que optase unas veces por asumir lo propio o bien por asimilar voluntariamente los rasgos de una o de otra de las culturas de las tierras colindantes. Piénsese, por ejemplo, en las posturas adoptadas en ciertas situaciones por tipologías como la del mudéjar o la del mozárabe.

Posiblemente estas zonas de apaciguamiento, estas maneras de escapar a los déspotas respectivos de uno y otro lado, han podido ser más teóricas que reales, pero hayan existido o no, lo significativo es que esa posibilidad haya calado en la memoria colectiva, y que, consecuente con ello, la frontera dejase de ser concebida únicamente como paso de un dominio a otro, recubriéndose del prestigio de poder ser un punto crítico desde el que se descubren nuevas perspectivas para cosas que parecían cerradas, o, incluso, un lugar privilegiado desde el que se pueden vislumbrar nuevos destinos.

La frontera se desdibuja y pierde, gracias a ello, su poder separador y excluyente, y la literatura la utiliza así en una de sus funciones: la de colmar a través de lo imaginario, de lo simbólico, de lo inventado, esa necesidad latente en tantos lectores: el nomadismo y la pluralidad. En el mundo experimental del arte y de la literatura ya no hay líneas divisorias; la libre y diversa circulación de ideas y de obras constituye su mejor rasgo de identificación. Ya nadie se atreve a rechazar a un autor por el idioma en que escribe y las traducciones convierten en permeables todas las lenguas.

Pero la literatura de frontera ha contado, además, con unos personajes propios; y así, frente a los guardianes pretorianos, a los nobles y burgueses asentados y a los administradores sedentarios de la cosa pública, por esa literatura han circulado como protagonistas los proverbiales burladores de los límites de las tierras y de los dominios de los otros: el morisco, el bandido generoso, el contrabandista perseguido, el gitano, el guerrillero espontáneo, el exilado político, el insumiso por ideales, el simple excéntrico por desafío a las identidades fijadas y, más recientemente, el emigrante en búsqueda de una mínima supervivencia. En muchos casos, la elevación de esa gente de frontera a figuras literarias populares ha sido labor de una creación colectiva, de una cadena de autores anónimos, que por ello mismo transmiten la imagen de una opinión colectiva en la que puede seguirse el aprecio que despiertan ciertas formas gallardas de la marginalidad literaria. A través de los pliegos de cordel, las coplas de ciego, las letras del cante flamenco, el romance fronterizo, se exponen unos modelos de comportamiento que los convierte en portavoces simbólicos de una aventura vital caracterizada por el rechazo del orden de la fijación de límites. Con ellos es posible adentrarse en lo desconocido y en su peregrinación convierten cualquier frontera en transitoria y en permeable. Sus cabalgadas, sus correrías, sus rebeldías no tienen por finalidad permanecer sino descubrir y abandonar. Se vive con riesgo pero ese riesgo abre múltiples posibilidades en su continuo desplazarse.

Lo significativo de estas obras no recae en su realidad social, testimonial, sino en el papel que desempeñaron en el imaginario popular como sublimación, como un contrapunto sobre el que volcar las necesidades de aventura y pluralidad que la gente sentía y siente. Éste es su atractivo y puede, incluso, que la raíz de su atracción recaiga precisamente en su anormalidad, en que estos personajes viven y actúan un tanto al margen de las convenciones de la mayoría sedentaria. Traspasan normas que los demás se ven obligados a respetar y esto provoca que la parte insumisa —que todo lector lleva dentro— se identifique con sus actitudes y aparezcan por ello tan literariamente tentadores.

Pero no sólo esa galería de personajes populares pueden ser traídos como referencia para ilustrar el papel metafórico de las fronteras. También en los grandes temas y mitos del mundo de las letras, se observa que rara vez sus personajes surgen en territorios diáfanos, bien determinados, asentados bajo una cultura fija y concreta. Si se piensa, por ejemplo, en una serie de nombres tan significativos del mundo de la creación como *La Celestina*, el *Lazarillo de Tormes*, *Guzmán de Alfarache*, don Quijote, don Juan, *Fíguro*, *Don Álvaro*, *Carmen*, se comprende pronto que no es fácil encajarlos en el paraje anclado de un territorio. No son típicos representantes de un estamento social, ni campesinos, ni nobles, ni religiosos, ni burgueses, ni médicos, ni maridos, ni ejercen ninguna labor institucionalizada, establecida, definitiva. Se desbordan de esos asentamientos y su interés literario reside precisamente en deambular como nómadas que escapan a los habituales encasillamientos sociales, territoriales, morales.

Como corolario de todo lo anterior podría citarse esta reflexión de Claudio Magris: "La literatura es por sí misma una frontera y una expedición a la búsqueda de nuevas fronteras, un desplazamiento y una definición de las mismas [...]. Y todo escritor, lo sepa y lo quiera o no, es un hombre de frontera, se mueve a lo largo de ella; deshace, niega y propone valores y significados, articula y desarticula el sentido del mundo con un movimiento sin treguas que es un continuo deslizamiento de fronteras".

Tras este recorrido por las imágenes simbólicas que le ha inyectado la literatura, la frontera cobra un potencial mucho más esperanzador como metáfora pero también como una forma peculiar de vida que tiene que saber enfrentarse tanto a la seducción globalizadora como al requiebro del localismo identitario. En el caso del Campo de Gibraltar como territorio eso equivaldría a no imponerle unos rasgos únicos para identificarlo. Más bien, por el contrario, hay que extrapolar su carácter heterogéneo, plural y disperso. No reducir su diversidad, procurando, a su vez, que lo diverso no sea antagónico sino convergente entre todos sus pueblos. Un Campo de Gibraltar que cultive lo propio, sin que ello signifique desechar a los que no lo ven como tal, y reconociendo, al mismo tiempo, lo propio que puedan aportar "otros". Porque apostar por la cultura propia consiste también en mezclarla, en debidas dosis, con la pluralidad de las otras culturas.

De ahí el gran aprendizaje que debe sacarse de las amargas experiencias nacionalistas; querer conservar lo propio no implica exclusiones del patrimonio de los otros. Apreciar la singularidad que rodea tu geografía también se ayuda de con el aprecio de lo genuino del territorio de más allá. Precisamente porque conservas lo tuyo, quieres que el otro conserve también lo suyo.

Por esto en esta dura tarea hay que aprender también a saber discernir lo singular que merece conservarse y lo singular de lo que puede prescindirse, ya que existen muchas posibilidades, al reafirmar el interés por lo local de convertirlo en mera nostalgia arqueológica. La defensa de lo específico no entraña encerrarse, ni replegarse hacia dentro con un sentido victimario, ensimismado. Pero también hay que estar prevenido porque enmascarada bajo forma de progreso y bienestar, se infiltra muchas veces la homogeneización uniformadora de la rentabilidad del dinero, que ya luego no permite marcha atrás una vez que ha afianzado sus dominios. La homogeneización no se impone tras una confrontación directa, evidente, sino de una manera larvada, paulatina. Y así, cuando hemos venido a darnos cuenta, ya se ha perdido la mayor parte del carácter específico del patrimonio urbano de nuestra comarca.